

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

OBISPADO DE ASTORGA.

Circular.

A nuestros venerables hermanos, los Arciprestes, Párrocos, Ecónomos y demás que ejerzan la cura de almas: Salud en nuestro Señor Jesucristo.

Por el Ministerio de Gracia y Justicia se nos comunicó la Real orden del tenor siguiente: Ilmo. Sr. — El Conde de Lucena, General en Gefe del ejército, está ya al frente de las tropas destinadas á operar en el imperio marroquí. Muy en breve nuestros valientes soldados pisarán el suelo africano. El Gobierno agotó, antes de llegar á este extremo, todos los medios compatibles con la dignidad nacional, para obtener satisfaccion pacífica de los ultrajes recibidos, y para asegurarse de que en lo sucesivo no se volverían á reproducir tan escandalosas violaciones del derecho de gentes. Sus exigencias eran justas y moderadas: los repetidos plazos que se concedieron al Sultán revelan los esfuerzos que hizo el

Gobierno español para evitar los desastres de la guerra. Pero puesto que se nos provoca á las armas, las armas decidirán entre la agresion violenta y el derecho escarnecido: pasaron afortunadamente los dias de sufrimiento y humillacion: despues de una larga série de desgracias, se levanta altiva y poderosa para vengar sus injurias la nacion de Isabel la Católica. El Gobierno ha allegado con celoso esmero un ejército imponente y que arde en deseos de dar dias de gloria á su patria: ha hecho, para que las armas de la Reina consigan un triunfo fecundo, todo lo que aconseja la prudencia mas previsora. Solo falta que el Dios de los ejércitos bendiga nuestra justa y popular empresa; y para obtener su patrocinio, la Reina me encarga con piadosa solicitud, que trasmita á V. I. su deseo, de que en todas las Iglesias sujetas á la jurisdiccion de V. I. se hagan rogativas públicas por tres dias consecutivos, á fin de implorar la protección divina para las armas españolas. De Real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y efectos que corresponden — Dios guarde á V. I. muchos años.

Madrid 9 de Noviembre de 1859. =

Fernandez Negrete = Sr. Obispo de Astorga. »

Es pues indudable que el grito de guerra resonó ya en el Real Alcazar de la Capital del Reino, y que sus ecos se oyeron en los últimos ángulos de la península, y que de todos ellos respondió la voz uniforme de 16 millones de habitantes dando aplausos al Trono y proclamando guerra sin tregua á los moros. Sí, V. H., tenemos guerra; pero justa, y provocada por los adversarios. Los subditos del Emperador de Marruecos fronterizos á nuestras posesiones de Africa, desconociendo el derecho de gentes é infringiendo los pactos solemnemente celebrados entre ambas naciones, insultaron descaradamente el pabellon español, é hicieron correr la sangre inocente de nuestros compatriotas. Semejante violacion de la justicia exigia una reparacion, y reparacion digna de la nacion ofendida. Nuestra augusta Soberana la demandó: mas deseando antes dar amplio desahogo á los religiosos y caritativos sentimientos de su benéfico y magnanimo corazon, encargó á su sabio é ilustrado Gobierno la procurase por los medios pacíficos, para impedir que se derramase la preciosa sangre de sus subditos y de los mismos enemigos. Inútiles é infructuosas fueron las gestiones al efecto practicadas. Los adoradores de Mahoma, olvidando sin duda que los guerreros españoles son legitimos descendientes de los que en miles de combates humillaron la ferocidad y soberbia de sus abuelos, se negaron á dar la justa y debida satisfaccion.

En tal conflicto fue preciso apelar al último y mas terrible de los tribunales humanos. La nieta de Isabel la Católica, y digna heredera de su fé, valor y patriotismo, declaró solemnemente la guerra al imperio marroquí,

369 y mandó á su invencible ejército obtener con las armas la reparacion que no se habia conseguido por la via pacífica. El ilustre Conde de Lucena es el encargado de conducirle á la victoria. Puesto á la cabeza de 50 mil combatientes que desean con ansia teñir sus espadas en la sangre de los descendientes de Agár, habrá pisado á estas horas el suelo africano. El triunfo no puede ser dudoso, si consideramos la justicia de la causa, el valor y disciplina de los soldados y el denuedo y pericia del que los comanda. S. M. empero firmemente persuadida de que la victoria no depende unicamente del número de combatientes, sino que el socorro proviene del Cielo, desea tenerle propicio. Para conseguirlo, es su voluntad que en todas las Iglesias de sus vastos dominios se hagan rogativas públicas y solemnes por la victoria de nuestro denodado ejército, como habeis visto en la Real orden que hemos insertado.

Obedeciendo, pues, á los soberanos preceptos, mandamos á nuestros venerables hermanos los párrocos, ecónomos, vicarios de monjas, y demás que ejerzan la cura de almas, que en todas las Iglesias de nuestra Diócesis en los tres primeros dias festivos siguientes al recibo de esta Circular, se celebren rogativas públicas y solemnes, cantando procesionalmente las letanias de los Santos con las preces que prescribe el Ritual para estos casos; y que en los mismos tres dias, antes de la misa popular, ó por la tarde, se reze el Santo Rosario, devocion efficacisima para triunfar de todos los enemigos.

Las religiosas cantarán las letanias con sus preces antes de la misa de Tercia, y diariamente hasta la consecucion de la paz, una salve despues de Completas por el fin indicado.

Finalmente mandamos que en todas las misas asi privadas como so-

lemnes, no prohibien solo el Rito, se diga la colecta ù oracion tomada de la misa: *pro tempore belli*.

Oremos, V. H. y amados hijos, oremos y clamemos para que el Dios de las batallas y Señor de los ejércitos envíe á su ángel encargado de guiar á nuestros guerreros al combate, y de conducirlos de victoria en victoria, hasta coronarlos de laureles inmortales. Oremos al Señor, é intereseamos su misma gloria, para que los agarenos no tengan tal vez ocasion de insultar á nuestros soldados, diciéndoles con irónica sorpresa: *¿donde está aquel Dios fuerte que tantos prodigios obró en otros tiempos á favor de vuestros padres?* Roguemos con eficacia, para que nuestros hermanos se hallen en disposicion de responderles: *no está lejos de nosotros, pues en El vivimos, nos movemos y existimos*. Está con nosotros, fortaleciendo nuestro brazo y auxiliandonos hasta que os dejemos vencidos, escarmentados, muertos ó prostrados á nuestros piés.

No basta orar: V. H., es necesario mas. Buena es la oracion; mejor que los tesoros *escondidos*; y si se le agrega la limosna, brilla como una antorcha celestial. Mas son tambien precisos recursos materiales. Una guerra, como la en que nos hemos empeñado, ocasiona inmensos gastos que es necesario sufragar. Todos los españoles, entusiastas de las glorias y de la prosperidad de su patria, apenas llegó á su noticia la lucha emprendida contra los mahometanos, se apresuraron por acercarse á las gradas del Trono á ofrecer sus vidas y haciendas para un fin tan santo. No es justo, pues, que el clero que á nadie cede en amor á la religion, á sus Monarcas y á su patria, se desentienda de tan sagrado deber. Nos en union con nuestro Ilustrisimo Dean y Cabildo Catedral hemos elevado á S. M. la Reina

(q. D. g.) una breve y reverente esposicion, ofreciendo tambien nuestro obolo para la guerra santa. Hemos renunciado la esencion decretada en favor de todo el clero, y suplicado se nos hiciera el descuento gradual de nuestras dotaciones en el modo, forma y tiempo que á los empleados civiles, que perciben del Tesoro sus asignaciones.

En su consecuencia los Señores Arciprestes, luego que reciban esta nuestra Circular, convocarán á junta de arciprestazgo, y acordarán con los dignos párrocos de su distrito, el donativo que su posicion y voluntad les permita ofrecer para el objeto referido. Del resultado nos darán oportuno aviso, para nuestro gobierno é inteligencia.

Palacio episcopal de Astorga 21 de Noviembre de 1859.—FERNANDO OBISPO DE ASTORGA.—Por mandado de S. S. I. el Obispo, mi Señor.—Lic. *Joaquin Palacio*, secretario.

—Las Hermanas de la Caridad de Málaga han elevado á su superior la edificante y tiernísima solicitud que sigue:

«Señor: Las que suscriben, Hermanas de la Caridad destinadas al servicio de su instituto en esta casa de socorro de Málaga, á V. S. con toda humildad y atencion esponen: Que desde este retiro, y á pesar de nuestro alejamiento de los negocios del mundo, hemos sabido que se prepara una guerra sangrienta de los españoles contra el imperio de Marruecos, á cuyo fin se está reuniendo un ejército en Algeciras.

«Nosotras, que nos hemos consagrado á la caridad, deseamos ejercerla en el punto donde sea mas útil y mas peligroso. Hoy se ofrece esta ocasion

Nuestros valientes soldados van á pelear en ese suelo africano tan inhospitalario; allí habrá batallas, allí habrá, porque Dios en sus altos designios así lo permite, sangre derramada, heridos que curar, hospitales que cuidar. Allí, pues, quisiéramos ir, porque además de Hermanas de Caridad somos también españolas y hermanas de esos pobres soldados que van á pelear por el honor de España. Sabemos que hay peligros; pero esto mismo es un aliciente para nosotras que, aunque débiles mujeres, no nos arredrán esos peligros si á costa de ellos podemos salvar la vida de alguno ó aliviar sus padecimientos.

»Sin embargo, como parecía una pretension insensata el que las nueve Hermanas que estamos en esta casa la abandonásemos por el atractivo de un grande objeto de caridad, dejando estos cuatrocientos niños, que también son objeto de caridad, hemos convenido, si V. S. lo permite con su natural benignidad, que tres de las nueve Hermanas que serán las dichas N. N. ó las que V. S. designe, vayan á Africa, y las seis restantes queden aquí sufriendo con un esfuerzo de trabajo el vacío que dejaren aquellas tres.

»Suplicamos, pues, á V. S. nos conceda para esto su permiso. Hijas de obediencia, nos sometemos á los preceptos de nuestro respetable superior; pero dentro de los límites de la súplica mas humilde y sin faltar en lo mas mínimo al alto respeto que V. S. nos inspira, no podemos menos de encarecerle que en otorgarnos esta gracia nos dará un consuelo grande.

»Señor, el hospital de sangre y el campo de batalla nos parece un sitio digno de la Hermana de la Cari-

dad; allí pedimos ir porque aquí no les faltará á estos niños manos piadosas que los cuiden especialmente mientras esté al frente de la casa el dignísimo señor visitador D. Ricardo de Orueta, que vale por cuatro ó seis de nosotras; pero en Africa puede en un momento dado faltar á nuestros pobres soldados postrados en un lecho de dolor la mano asidua de la Hermana de la Caridad que les ayude á vivir si han de carar, que les ayude á morir bien si Dios así lo dispone.

«Señor: somos de V. S. con el mayor respeto y consideracion humildes hijas de obediencia, que esperamos con ansia el permiso que le pedimos.»

—De Valencia dicen el 8 lo que sigue:

«El domingo por la mañana, y á presencia de un gentio inmenso, los cuerpos destinados á la guerra de Africa formaron en la plaza de la Constitucion. Desde muy temprano las calles de la capital estaban cuajadas de gente, y se leia ya en todos los semblantes el entusiasmo que no tardó en estallar de una manera nunca vista. Formadas las tropas en la plaza mencionada, las campanas anunciaron al instante la salida de la catedral del Excmo. Sr. Arzobispo con el Clero y el cuerpo municipal, presidido por el Sr. Gobernador de la provincia. El Sr. Alcalde D. Francisco de Llano llevaba la bandera del Rey D. Jaime I de Aragon, y á vista de este glorioso recuerdo, la muchedumbre inmensa que llenaba la plaza, los balcones y hasta las azoteas, apenas pudo ya contener los arranques de patriotismo con que se terminó esta memorable ceremonia. La comitiva subió al estra-

do preperado para el acto, y al son de la marcha Real que tocaron todas las bandas, se descorrió la cortina que cubria el retrato de nuestra augusta soberana. Ya en aquel momento el Excmo. Sr. Capitan general interino se habia puesto al frente de las tropas.

»En este momento de la ceremonia rompieron por entre la muchedumbre los estudiantes con su bandera, y se abrieron paso hasta el pié del estrado con el entusiasmo creciente que los anima.

»Las banderas de los cuerpos avanzaron, y la bendicion de nuestro virtuoso Prelado cayó sobre ellas y sobre las cabezas de nuestros valientes soldados. Como ya habiamos anunciado, el Excmo. Sr. Arzobispo como una demostracion especial, debida á la efusion de su corazon, colocó en los estandartes que van al Africa en busca de gloria unas medallas de plata con cintas preciosas, en las cuales está grabada la Imágen de la Purisima Concepcion. Este acto, celebrado en medio del mas profundo recogimiento, terminó con gritos de júbilo que fueron interrumpidos para escuchar las palabras del Prelado, que resonaron en medio del silencio mas completo.

Hé aquí la sentida peroracion del Excmo. Sr. Arzobispo.

«Valientes militares: Os saludo
»con toda la efusion de mi corazon:
»la patria os llama á la defensa de su
»honor, conculcado por los moros,
»enemigos siempre de España. Cami-
»nad al combate confiados en la mise-
»ricordia del Señor, porque la causa
»que vais á defender es la de la Reli-
»gion y la de España.

»Hijos míos: pelead vosotros como

»buenos soldados españoles: y nosotros
»pediremos al Todopoderoso que en-
»vie un ángel bueno que os defienda
»de todo peligro por la tierra y por
»la mar. La proteccion de la Madre
»Inmaculada y Virgen Santisima, cu-
»ya Imágen llevais en las banderas,
»os servirá de escudo en medio de
»los combates y os sacará á salvo de
»todos los apuros y contratiempos.
»No olvideis, tened presente al Após-
»tol Santiago que ha sido protector y
»defensor de los ejércitos de nuestra
»nacion en todas las gloriosas peleas
»contra los moros.

»Yo rogaré con mis amados hijos los
»valencianos para que el Señor dé la
»victoria a las armas españolas, y en
»prueba del tiernísimo afecto y de los
»deseos de que Dios os proteja y os
»conceda estos beneficios, os doy la
»paternal bendicion con las oraciones
»de la Iglesia.»

»Acto continuo S. E. Ilma. ento-
»nó las preces, contestandole el Ilmo.
»Cabildo metropolitano, y dió la bendi-
»cion.

»Al llegar aquí la ceremonia, la
»emocion del público y de las personas
»que ocupaban el estrado habian lle-
»gado á un punto imposible de descri-
»bir.

»El Sr. Gobernador, D. Cayetano
»Bonafós, enarbolando entonces el es-
»tandarte de D. Jaime I, pronunció una
»alocucion.

»Las tropas cruzaron la capital por
»las calles anunciadas en la órden ge-
»neral, y cuyos balcones, adornados
»contenian otra multitud, movida del
»mismo entusiasmo, y se dirigieron
»al Grao, saliendo por la puerta del
»Mar.

»Una mujer del pueblo se dirigió
»á uno de los cuerpos: llevaba un es-

capulario de la Virgen que ella misma habia bordado, y que deseaba colocar en una de las banderas: el abanderado resistió las insinuaciones de la mujer, y esta colocó entonces su sencilla ofrenda sobre el pecho del soldado: Ten confianza en la Virgen, le dijo, y ella te salvará en los combates.»

El viernes, sabado y domingo últimos se han hecho en esta Santa Iglesia Catedral las rogativas, de real orden acordadas, para que el Dios de los ejércitos bendiga y proteja nuestras armas en la guerra comenzada con Marruecos. Nuestro dignísimo obispo, el Ilustre ayuntamiento y sus dependientes, el Sr. Juez de 1.^a instancia con los del juzgado, los Señores Comandante y Capitanes del provincial y un muy numeroso concurso han asistido á todos los actos y demostrado el piadoso entusiasmo que con motivo de tan justa y santa guerra, anima á esta poblacion. Terminaron dichas rogativas la tarde del Domingo con una lucida procesion, que hizo magestuosamente la carrera de costumbre, y á la que dieron cumplida solemnidad nuestro Ilmo prelado, el venerable cabildo Catedral, las autoridades y funcionarios ya mencionados, los Seminaristas con sobre pelliz, la capilla de musica, los congregantes de S. Luis Gonzaga con su director y la mayoría de estos habitantes.

La cuestion de honra nacional en que nos hallamos empeñados, la causa noble y santa que vamos á defender en los campos de Africa, la guerra con los sectarios de Mahoma ya empe-

zada, interesa á nuestros celosísimo obispo y á este venerable cabildo catedral cuanto interesarse pueden su distinguido amor patrio y su anhelo por la propagacion de la doctrina del evangelio. Sabemos que han tenido la honra de elevar á S. M. una respetuosa esposicion, ofreciendo sus constantes suplicas al Todopoderoso por el triunfo de nuestras armas, y renunciando la esencion del descuento acordado para las demas clases mientras dure la guerra. En el proximo número podremos insertarla, y quiza añadir ya las ofrendas del clero parroquial de la diócesis, de cuyo singular españolismo y dignidad tenemos bastantes pruebas.

LA CIVILIZACION AL PIE DE LA CRUZ.

(CONTINUACION.)

Y quién podria negarlo en vista sobre todo del mundo moderno y de aquel inmenso movimiento productivo solo del movimiento europeo que lo invade y lo domina todo?

Repitamos por tanto: donde quiera que penetró la Cruz allí germinó la civilizacion; donde quiera que la Cruz fué detenida, allí la civilizacion se enfrió y murió; donde quiera que la Cruz fué abatida, allí la barbarie se entronizó. El hecho es indudable; pero no meditásteis alguna vez?, no comprendisteis la razon filosófica?

Hé aquí el pensamiento que presenta uno de los manjares mas delicados que preparar pudiera á sus lectores la *Civiltà Cattolica*; una de las mas nobles ofrendas, que en el circulo de su programa, pueda ofrecer al misterio augusto del Dios crucificado.

Y á la verdad; la civilizacion es hija de la Cruz; y si quereis como to-

carlo con la mano, formaos primero una justa idea de la civilización en su naturaleza y sus funciones.

Si la civilización es la actuación perfecta de las leyes de orden en las relaciones sociales, es claro que debe tener su principio en la fuerza del espíritu social, y de aquel vínculo moral, por medio del cual los asociados tienden á formar la unidad. A qué se reduce finalmente este vínculo? Consideradlo atentamente, y vereis que todo se reduce al vínculo de un amor desinteresado, y al espíritu de sacrificio, por el cual todas las personas se despojan mas ó menos de alguna parte de sí mismas, para consagrarse á las demás en la unidad de convivencia.

En el mundo físico, imagen como sabeis del mundo moral, es esencia del todo ser el resultado de la union de las partes. En el mundo material el todo está en la agregación química de las moléculas, en las cuales las propiedades elementales se neutralizan; en la física union de los componentes cuyo todo no se obtiene sin la trituración de las partes: en el choque ó encuentro de las fuerzas primitivas para producir el resultado: en el reino vegetal las fuerzas químicas vienen como empujadas por el principio vital; y el reino animal tiene toda la vegetación por subsidiaria. En suma, la idea misma de parte implica, en su subordinación el todo la pérdida de la independencia en todas las físicas agregaciones, cuando son llevadas á gozar de las ventajas de otro ser dotado de una superioridad.

Aplicad este principio al mundo moral y vereis no ser posible la asociación ordenada sin algun sacrificio parcial de los asociados. ¿Resultaría la armonía en una orquesta, si los músicos tocasen á su capricho? El orden en un ejército, si los soldados fuesen dueños de avanzar ó retroceder? El

orden de una administración, si todos los empleados pudiesen cobrar ó pagar á su voluntad? Sociedad pues y sacrificio son, por decirlo á sí, efecto y causa. Y en proporción al espíritu de sacrificio crece la fuerza de la asociación; y vice-versa, cuando mas se quiera una asociación firme y robusta, tanto mas generoso y esforzado se hace el espíritu de sacrificio.

«Por lo que veis cómo la Sabiduría Eterna, cuando quiso formar aquella fuertísima y numerosísima entre todas las sociedades, la Iglesia Católica, principió por exigir de cada uno de los fieles el mayor de los sacrificios: la cautividad de la razón bajo la fe, el sacrificio de la propia voluntad á la ley divina y á la autoridad de la Iglesia. Quitad el primer sacrificio y teneis la *heresia*: quitad el segundo, teneis el *cisma*; teneis en suma en un caso y otro segregación, imposibilidad de la unidad social; tan cierto es que el jugo vital de la sociedad es el sacrificio y que por consiguiente la perfección del ser social, ó sea la civilización, debe ser (permitasenos la fórmula un poco matemática) en razón directa del espíritu de sacrificio, en razón inversa del egoísmo.

De esta idea que nos representa la naturaleza de la civilización, se desprende naturalmente la estrecha union que reina entre la civilización y la Cruz emblema, como sabeis, de los *pacimientos voluntariamente sufridos por amar á los demás*. Amar la Cruz: ser obediente á la Cruz, vale tanto como amar el sacrificio de sí mismo en bien de los demás, é inmolarsé realmente por amor: si de esta prontitud á inmolarsé nace el concurso de las voluntades personales en la unidad social, ó sea la civilización perfecta, se sigue que la Cruz y la civilización son como habíamos dicho poco antes del espíritu de sacrificio, causa y efecto, de modo que la palabra fervorosa y

elocuyente de los ministros evangélicos, encaminada en estos días á encarecer á los fieles su devoción á la Cruz no es mas que una perpétua recomendación del verdadero progreso civil. Progreso á decir verdad, muy diferente del que predica el espíritu moderno recomendando á los hombres *que no desprecien la tierra por el amor del ciclo*. Pero cual de los dos medios sea mas eficaz para unir en estrechísima unidad á los ciudadanos, nosotros le dejamos con gusto á juicio del lector, suplicándole solamente que recorra con el pensamiento las varias funciones de la civilización en sus relaciones del afecto doméstico, de la justicia civil, de la tierna y amorosa beneficencia. Fórmese una nueva idea de los *sacrificios* que exige en estas tres partes la perfección del convivir social; y compare despues la eficacia del amor á la Cruz con la esterilidad de la filantropía para obtener por la fragilidad humana el heroísmo en los *sacrificios*. Estamos seguros que el resultado de tal comparación será un transporte de reconocimiento hácia aquel Dios, que ensangrentando un duro tronco le convirtió en fuente de inmensa dulzura social, y en un himno de admiración hácia aquella Sabiduría infinita que en el patíbulo de un inocente injustamente inmolado al furor de sus enemigos, estableció la imagen y el incentivo á la máxima perfección de la convivencia social.

(Se continuará.)

Permitiéndose en la importante circular, espedida por el Ministerio de la Gobernación en 12 del corriente, reproducir á la prensa, no política, las noticias oficiales de las operaciones de nuestro ejército en Africa para dar la mas posible satisfacción al interés y entusias-

mo que embarga n todos los animos, publicamos á continuación, y seguiremos publicando en los números sucesivos, los partes telegráficos, contenidos en la Gaceta y demás periódicos de la corte, y recibidos en esta ciudad horas antes de ver la luz este Boletín.

PARTES TELEGRAFICOS.

«Cádiz 21»—El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. señor ministro de la Guerra.—«El general, jefe del primer cuerpo de ejército, á las siete y cincuenta minutos de la mañana, participa que, en el reconocimiento verificado hoy sobre el camino de Tetuan, se han encontrado una partida de setecientas bombas próximamente, en estado de servicio, habiendo dispuesto que sean conducidas por mar á la plaza de Ceuta.»

El general en jefe del ejército de Africa al excelentísimo señor ministro de la Guerra:

Cádiz 21 de noviembre.—El general Echagüe continua en su cuartel general del Serrallo.—Sobre una altura que lo domina se está construyendo un reducto, y en el día de ayer se sostuvo allí una pequeña escaramuza, en la que hemos rechazado al enemigo.

Cádiz 21.—El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. señor ministro de la Guerra.—El temporal continúa y tiene paralizadas todas las operaciones. Según noticias que recibí del Campo de Gibraltar, ha llegado allí el general de Marina Herrera; pero está casi incomunicado con la plaza por la mucha mar.

ASTORGA.—1859.

Imprenta de D. Antonio Gullón.